

Depósito legal: ppi 201502ZU4635

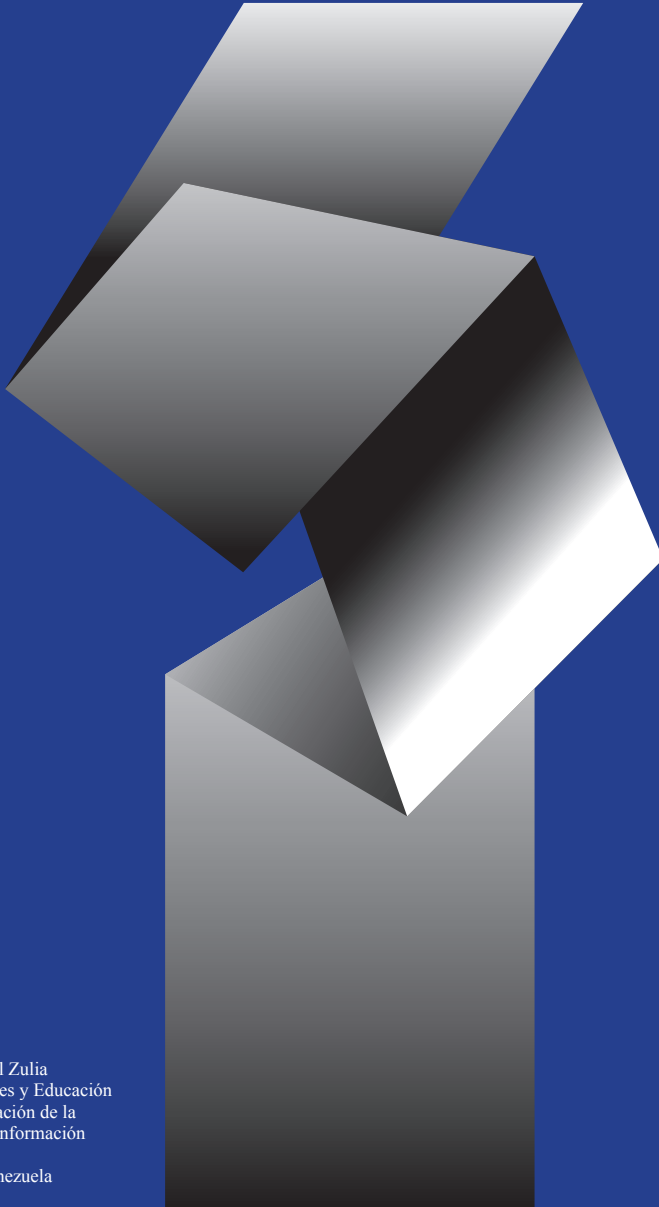
Esta publicación científica en formato digital es continuidad de la revista impresa

Depósito Legal: pp 200402ZU1627 ISSN:1690-7582

Q U Ó R U M

ACADÉMICO

Revista especializada en temas de la Comunicación y la Información



Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
Centro de Investigación de la
Comunicación y la Información
(CICI)
Maracaibo - Venezuela

QUÓRUM ACADÉMICO*Vol. 13 N° 1, enero - junio 2016. Pp 112-125**Universidad del Zulia •*

Hacedores de historia

*Ana Irene Méndez**

Resumen

Aquí examinamos el dilema del discurso veraz en la comunicación social. Nos enfocamos en el proceso de formación del comunicador. Hay cuatro elementos fundantes en esa formación: el manejo del lenguaje y el cultivo del pensamiento abstracto; la curiosidad; la creatividad y la ética. El manejo del lenguaje se entrelaza con la curiosidad. El comunicador debe ser un lector habitual, sin que escape de su interés ningún tópico. Dice Morin (1999) que la comprensión es al mismo tiempo medio y fin de la comunicación humana. El comunicador tiene el rol de mediador, una de cuyas funciones es poner al alcance de los ciudadanos la información sobre el mundo en general y de la ciencia en particular, para facilitarle su organización y articulación. El valor de la ética no está en prescribir o recomendar comportamientos. Diferenciamos entre el bien y el mal y el deber es actuar éticamente.

Palabras claves: Comunicación; inteligencia; curiosidad; creatividad; ética.

Recibido: Mayo 2015 • Aceptado: Junio 2015

* Doctora en Ciencias Políticas, profesora titular de Opinión Pública y Métodos de Investigación Aplicados a la Comunicación en la Universidad del Zulia. Email: m.anairenel@gmail.com

History-makers

Abstract

Here we will look at the dilemma of truthful speech in social communication. We focus on the process of formation of the communicator. There are four founding elements in such training: full fluency in language and the cultivating of abstract thinking; curiosity; creativity and ethics. Language fluency intertwines with curiosity. The communicator should be a regular reader, most topics must hold interest for him/her. Morin (1999) points out that understanding is at the same time means and end of human communication. The communicator is a mediator, one of whose functions is to put within the reach of the citizens information about the world in general, and science in particular, to facilitate the big picture understanding. The value of ethics is not to prescribe or recommend behaviors. We differentiate between good and evil and ought to act ethically.

Keyword: Communication; intelligence; curiosity; creativity; ethics

Introducción

Los periodistas son escritores de las historias de hoy, aquellas que mañana integrarán la Historia, con mayúscula. Se ha dicho que la Historia la escriben los vencedores, lo que no siempre es verdad, porque existe la posibilidad de múltiples relatos que den cuenta de un evento. Los vencidos, tarde o temprano, hacen conocer sus versiones u otros lo harán por ellos.

Que el relato se ajuste a la verdad de los hechos, depende de quien lo escriba. Por otra parte, a los vencedores se les hace más factible publicar lo que escriben o financiar la publicación de lo escrito por sus periodistas asalariados. Aquí examinaremos el dilema que se les plantea a los periodistas, en cuanto a que su discurso sea veraz, simplemente verosímil o falaz, sin dejar de lado el hecho de que la mayoría de estos profesionales, como muchos otros, son empleados que deben considerar los intereses de su patrón para no ser despedidos. Examinaremos también la relación entre los atributos que deben caracterizar al comunicador eficaz en el mundo de

hoy, globalizado e informatizado, y la formación universitaria que reciben nuestros estudiantes.

Los periodistas —rebautizados hace unas décadas como comunicadores sociales, para incluir a los profesionales que trabajan en los medios audiovisuales, a los publicistas y actualmente en los medios digitales— son calificados dentro de un rango cuyos polos van desde “el mejor oficio del mundo” hasta el extremo de “la forma más perniciosa de la prostitución intelectual”. La primera calificación salió de la boca de Gabriel García Márquez en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura en 1982. La última viene de la novela *Ilusiones perdidas* (que forma parte de la gran obra *La comedia humana*) de Honorato de Balzac, prolífico escritor francés y uno de los fundadores del realismo en la literatura hace poco menos de doscientos años.

El Gabo, con una extensa obra literaria, ejerció el periodismo en Caracas entre 1957 y 1959; su libro *Cuando era feliz e indocumentado* recoge los reportajes, crónicas y artículos escritos en ese período.

Balzac, en 1836, cumplió su sueño de tener su propia publicación e invirtió en una revista, *La Chronique de Paris*, dirigida por él mismo. La revista aparecía dos veces por semana. Por su falta de realismo en relación con el campo de las finanzas, Balzac probó ser un pésimo comerciante; perdió cuanto había invertido en el negocio editorial. En 1840 se aventuró de nuevo con *La Revue parisienne*, publicación mensual en la que se encargaba de los contenidos. Balzac también fracasa en esta empresa.

Su personaje protagónico de *Ilusiones perdidas*, el poeta Lucien Chardon, proviene de Angoulême en la provincia francesa y se hace periodista para sobrevivir en París. En pocos meses se convierte en una celebridad que vende sus opiniones al mejor postor. Esta conducta palangrista, para decirlo en lenguaje criollo, lo lleva, desacreditado y sin dinero, de vuelta a su pueblo natal.

El Gabo, periodista y escritor que gana el Nobel de Literatura y el personaje balzaquiano no son ejemplos singulares de ética, o la falta de ella entre las profesiones y oficios. Médicos, abogados, ingenieros, carpinteros, comerciantes (y la lista es larga) son calificados socialmente según su desempeño. A diario tomamos decisiones y al hacerlo optamos entre hacer el bien o hacer el mal. Depende exclusivamente de nosotros mismos la escogencia del camino a seguir. Si hacemos bien, obramos éticamente. Si actuamos en contrario, quebrantamos la moral y las costumbres socialmente aceptadas.

Todos contribuimos a la acumulación o al déficit de lo que Sartori (1996) llama el capital axiológico y que define como “principios morales, tradiciones religiosas, hábitos sociales, normas de buena fe, reglas de juego y similares (...) esos valores pueden también resultar desvalores”.

El deber ser de la educación

Dice Leslie (2014) que la educación no sólo consiste en formar personas competentes en el uso de la información. Se trata más de inculcarles preguntas que con el tiempo maduren en intereses genuinos. Es por eso que las escuelas deben concentrarse en desarrollar en el educando habilidades tales como la creatividad, la resolución de problemas, el pensamiento crítico y la curiosidad. Tales habilidades equipan al educando para cualquier cosa con que el futuro le desafíe (Leslie, 2014: 110), porque dispone de lo que podemos llamar capital cognitivo.

Morin (1999) señala que la escuela de nuestros tiempos no se preocupa en absoluto por hacer conocer lo que es conocer. Los buenos maestros ayudan a crear una atmósfera que permite cultivar el capital cognitivo. Ellos dirigen activamente la curiosidad de sus pupilos, les ayudan a transformar la curiosidad epistémica, que, en su momento, comienza a construir la “base de datos” que hace posible la creatividad (Leslie, 2014: 117).

En general, los sistemas educativos actuales están cada vez más enfocados en preparar personas para trabajos específicos. Instruir a alguien para ser ingeniero, abogado o programador no es lo mismo que enseñarle a ser un aprendiz curioso. Eso no quita que los mejores ingenieros y programadores sean los aprendices más curiosos (Leslie, 2014: 23).

Examinemos los siete saberes que Morin (1999) considera necesarios para la educación en general:

1) *Las cegueras del conocimiento: el error y la ilusión.* El conocimiento del conocimiento debe aparecer como una necesidad primaria. Se trata de armar cada mente en el combate vital para la lucidez.

2) *Los principios de un conocimiento pertinente.* Existe (...) la necesidad de promover un conocimiento capaz de abordar problemas globales y fundamentales para inscribir allí conocimientos parciales y locales (...) ubicar todas sus informaciones en un contexto y en un conjunto. Enseñar los métodos que permiten aprehender las relaciones mutuas y las influencias recíprocas entre las partes y el todo en un mundo complejo.

3) *Enseñar la condición humana.* La condición humana debería ser objeto esencial de cualquier educación.

4) *Enseñar la identidad terrenal.* El reconocimiento de la identidad terrenal será cada vez más indispensable para cada uno y para todos.

5) *Enfrentar las incertidumbres.* La educación debería comprender la enseñanza de las incertidumbres que han aparecido en las ciencias físicas (microfísica, termodinámica, cosmología), en las ciencias de la evolución biológica y en las ciencias históricas.

6) *Enseñar la comprensión.* Se hace necesario estudiar la incompreensión desde sus raíces, sus modalidades y sus efectos. Este estudio sería tanto más importante cuanto que se centraría, no sólo en los síntomas, sino en las causas de los racismos, las xenofobias y los desprecios.

7) *La ética del género humano.* La ética debe formarse en las mentes a partir de la conciencia de que el humano es al mismo tiempo individuo, parte de una sociedad, parte de una especie.

Al examinar esta lista, si pensamos en la Venezuela actual, nos concentramos en su sistema educativo, podemos concluir 1) que nuestra sociedad atraviesa un compleja crisis y 2) que nuestro sistema educativo requiere una urgente revisión para hacer frente a esa crisis. Y esa revisión debe atender a los siete señalamientos de Morin. El peligro que corremos como sociedad es que la aplicación de los principios de Morin puede tomar al menos una década para que veamos resultados, que la crisis se exacerba día a día y que a diario crecen nuestras incertidumbres sobre el futuro de nuestro país.

Con referencia al tema de la educación y la carrera de Comunicación Social, debemos reconocer que muchos de los estudiantes universitarios cargan con la rémora de un déficit que creció a lo largo de su formación. Déficits en lectura y comprensión, en el conocimiento de las ciencias llamadas duras (matemáticas, física, química), de las ciencias sociales y humanidades, en conocimientos históricos, en aprendizaje de lenguas distintas a la materna, en geografía... Podríamos hacer una lista larga de los déficits si los examinamos a la luz del pensamiento de Morin. Esto puede estar asociado en parte a la pérdida del valor social que se les atribuía a los maestros, a los docentes. Son mal pagados, se han recortado los recursos para su formación, se les recarga el número de estudiantes que deben atender, las bibliotecas y laboratorios escolares están pobremente dotados, no obstante los recursos que destina el Gobierno al sector de educación.

Los medios frecuentemente informan que las escuelas son saqueadas por el hampa común. Por otra parte, las políticas educativas han tendido a reducir el número de horas diarias de asistencia al aula y el número de días efectivos de clase a lo largo del año. Como resultado, la calidad de la educación se ha visto seriamente afectada, es algo que los docentes universitarios experimentan a diario en su relación con los estudiantes.

En el área de la educación superior, durante las últimas tres décadas la universidad venezolana ha estado en un proceso de “reforma” cuyos resultados no apuntan a logros cualitativos. A las voces críticas y autocríticas dentro de la academia se las trata de acallar enumerando graduados, lo mismo que hace el gerente de una factoría al recontar cifras de producción.

Encontramos ciertamente graduados en Comunicación Social que resultan comunicadores eficaces, pero esas excepciones se dan a contrapelo de la institución y sabemos de comunicadores que son eficaces trabajando para empresas periodísticas o dirigiendo sus propias firmas. Sin embargo, la verdad es que estamos fracasando en la misión que nos ha encomendado la sociedad. La causa de ese fracaso es que, a su vez, las escuelas son ineficientes e ineficaces en la tarea de formar los comunicadores que la sociedad del siglo XXI —que no el mundo empresarial— demanda.

En nuestra experiencia docente comprobamos que a las nuevas generaciones les gusta poco leer. Si un profesor indica un ejercicio que requiere la lectura de, digamos, veinte páginas, los estudiantes se quejan. Esto ocurre hasta en los cursos de postgrado. Hace unos años dictamos un seminario en un curso de Maestría en Comunicación y estaban inscritos doce alumnos. Cuando entregamos el programa, se retiraron ocho porque se exigía la lectura de “mucha bibliografía”. No obstante las nuevas tecnologías, la lectura —entre otros modos de aprehender significados— sigue siendo al intelecto lo que el alimento al organismo. Un estudiante que no quiere leer mucho no debería inscribirse en una carrera universitaria.

Volviendo al objeto principal de nuestro discurso, las precedentes reflexiones nos llevan a plantear una pregunta: ¿qué establece la diferencia entre un buen y un mal periodista o comunicador social?

En nuestra opinión, hay cuatro elementos fundantes del oficio: 1) el manejo del lenguaje y el cultivo del pensamiento crítico; 2) la curiosidad; 3) la creatividad y 4) la ética. El orden en que citamos tales fundamentos no implica jerarquización.

1) El manejo del lenguaje y el cultivo del pensamiento crítico

Como todos aquéllos que viven de la escritura (cuentistas, novelistas, cronistas, poetas, ensayistas, etc.), el comunicador social debe tener la capacidad de comunicar eficazmente. Esto suena como una verdad de Perogrullo pero la realidad es que la formación que actualmente se imparte en nuestras Escuelas de Comunicación está lejos de formar comunicadores eficientes. Hay malestar entre algunos miembros de la academia por esta situación, mientras otra parte la ignora o simplemente no está interesada en mejorarla

El manejo del lenguaje tiene dos dimensiones: la gramatical y la lógica. La gramática es la ciencia que estudia los elementos de una lengua y sus relaciones. La morfología y la sintaxis forman parte de la gramática. Para redactar bien es necesario el dominio de la gramática, pero también el redactor debe cultivar un pensamiento lógico. Abundan ejemplos de textos gramaticalmente correctos pero lógicamente maltrechos. En nuestra experiencia como editora o árbitra —y varios de los que me leen han llevado a cabo también la ardua tarea de descifrar lo escrito por alguien que pretende que se le publique— hemos encontrado algunos discursos gramaticalmente deficientes y otros lógicamente chapuceros. En el peor de los casos nos hemos topado con redactores de artículos en los que se mezclan estos indeseables atributos. El remedio para esos males es la lectura, cuanto más, mejor. Cuantos más temas nos interesen, mejor.

2) La curiosidad

El manejo del lenguaje se entrelaza con la *curiosidad*. El comunicador debe ser curioso en el sentido de avidez por conocer, por saber, lo que le lleva a investigar. El investigador es curioso por definición. Nuestros mejores maestros no fueron quienes pretendían tener todas las respuestas. Fueron aquellos que llenaron nuestra mente de preguntas que dan origen a otras. La labor del docente, en cualquiera de los niveles educativos, es sembrar en sus alumnos la idea de que la formación no termina cuando recibimos un título o un certificado. Es un proceso que forma parte del proyecto de vida del individuo. El docente debe abrir el apetito de sus alumnos por indagar y esto aplica en grado supremo en la formación del comunicador.

El comunicador debe ser un lector habitual, sin que ningún tópico escape a su interés. Sin embargo, desde hace tiempo los comunicadores se han venido especializando y se sienten perdidos cuando se les lleva a ámbitos con los que no están familiarizados. Lo ideal es que sea un polímata, esto es “que conoce, comprende o sabe de muchos campos”, aunque no necesariamente sea un individuo que destaque en diversas ramas del saber. En lo que sí debe destacar, como dijimos más arriba, es en el manejo del lenguaje y en su afán de indagar.

La indagación lleva al conocimiento y este es poder. El nuevo conocimiento se asimila mejor y tiene mayor posibilidad creativa cuanto mayor sea la acumulación de conocimiento existente: el conocimiento ama el conocimiento (Leslie, 2014: 145). Las personas con baja necesidad de conocimiento son, dice Leslie (2014: 18),

(...) miserables cognoscitivos que buscan dedicar el menor esfuerzo intelectual posible, mientras la gente con alta necesidad de conocimiento disfrutan verdaderamente la esforzada actividad cognitiva: son aquéllos que leen ensayos y revistas de contenido denso o que se entusiasman con el prospecto de aprender o investigar cosas o fenómenos (...) El calificativo de esforzada es importante y esto nos lleva a la preocupación por el hecho de que las tecnologías digitales están destruyendo los vínculos entre esfuerzo y exploración mentales”.

No es que la Internet carezca del potencial para abrir nuestras mentes a nueva información, a otras gentes, a otros mundos, afirma Leslie (2014: 77) y agrega que frecuentemente ese potencial yace inutilizado. El creciente acceso a Internet no es, en sí mismo, un bien social; lo que importa es cómo se usa (Ídem: 84).

En un mundo hiperinformatizado y altamente competitivo, es crucial saber una o dos cosas y saberlas con mayor profundidad y detalle que la mayoría de tus contemporáneos. En el caso del comunicador una de esas dos cosas es el diestro manejo del idioma y la otra la especialidad que adopte, la cual puede cambiar a lo largo de la carrera. Ahora bien, para aprehender realmente ese conocimiento se hace necesaria la habilidad de pensarlo a partir de una variedad de perspectivas eclécticas y ser capaz de colaborar fructíferamente con gente que tiene especializaciones diferentes, esa gente es lo que en periodismo se denomina fuentes de información. Los trabajadores

más valiosos en el siglo XXI combinan las habilidades profundas en una especialidad con una amplia comprensión de otras disciplinas (Leslie, 2014: 151) y esto se aplica especialmente a los comunicadores porque ellos constituyen el vínculo que hace públicos los eventos sociales, políticos, económicos, culturales y los descubrimientos y avances en la ciencia y la tecnología. En esa función, los comunicadores son difusores de información que la gente puede utilizar para desenvolverse social y políticamente, para entretenerse o para buscar mayor información sobre el evento o fenómeno del que se entera por los media.

La adquisición de conocimiento es hija de la curiosidad. Dice Leslie (2014:33) que “su insaciabilidad es lo que hace a la curiosidad tan satisfactoria”. Se define la curiosidad como la atracción por todo lo novedoso. Ese significado nos remite de inmediato a lo que define generalmente la noticia. La noticia satisface esa atracción. La mayoría de los medios de información están dirigidos a alimentar la curiosidad que los estudiosos han llamado curiosidad *diversive*, que podemos traducir como *errática*. Si este tipo de curiosidad no echa raíces, no se le permite ahondar y madurar, puede convertirse en una fútil pérdida de tiempo y energía, llevándonos de un objeto de atención a otro sin prestarle reflexión ni profundizar en ninguno (Leslie, 2014: 33). El grueso de la información que circula en las redes sociales dependientes de las nuevas tecnologías es la comida chatarra de la curiosidad errática. Es el lugar de encuentro del exhibicionismo y el voyerismo. Sin embargo, la curiosidad errática puede llevarnos al deseo de conocer lo que hay detrás de las montañas (Leslie, 2014: 16).

Las páginas de deportes, farándula, sucesos y hasta las de economía y política de los medios masivos satisfacen la curiosidad errática. Con respecto a las páginas de sucesos todos conocemos medios cuyos periodistas hacen de la información sobre un hecho violento un folletón. Relatan un asesinato pasional como si hubiesen estado debajo de la cama donde se perpetuó el crimen. En cuanto a política y economía, muchas veces no se investigan a profundidad los hechos que ocurren en esos campos. A veces las noticias de política tienen un tono característico de la página de sociales; están redactadas en base a rumores, medias verdades y chismografía.

Hay, por supuesto, honrosas excepciones: textos escritos por periodistas acuciosos que orientan al lector en los laberintos generalmente oscuros de la política y la economía. Son periodistas exitosos y los admiramos porque contribuyen a que la gente tenga un mejor conocimiento de sus líderes, de las causas y consecuencias de los fenómenos. Para ser exitosos, esos periodistas han adquirido el conocimiento necesario para saber

dónde y de quién pueden obtener información; pero, sobre todo, saben qué preguntar, qué indagar. Son perspicaces y hábiles para extraer respuestas y para distinguir si su fuente es veraz o falaz. Consultan los diferentes puntos de vista, los analizan, los comparan y sus textos guían al lector para que saque sus propias conclusiones.

Existe también la curiosidad epistémica, definida como el deseo de información cultural (en el sentido más amplio del término) y ha sido una de las motivaciones que permitieron a los humanos no sólo viajar desde África para poblar el resto del planeta sino para echar raíces en cada rincón del mundo (Leslie, 2014: 16).

La curiosidad epistémica nos provee del conocimiento necesario para sobrevivir cuando llegamos a un territorio nuevo. Cada sociedad humana, dice Mark Pagel (citado por Leslie, 2014), es un vehículo de sobrevivencia cultural. La curiosidad epistémica no sólo tiene utilidad práctica. Quienes buscan incesantemente el conocimiento son guiados por este tipo de curiosidad que nunca se satisface y puede mantener joven la mente hasta una avanzada edad. Ya lo señalamos: esa curiosidad no se satisface y eso es lo que la hace tan satisfactoria. Además, es la que contribuye a aumentar el capital epistémico de una sociedad.

3) La creatividad

La curiosidad por la vida en todos sus aspectos es el secreto de los grandes creativos (Leslie, 2014: 145). Leonardo da Vinci, el polímata por excelencia, fue a la vez pintor, anatomista, arquitecto, artista, botánico, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista. Su curiosidad apuntalaba su creatividad. No pretendemos que un comunicador emule a da Vinci, pero le vendría bien explorar distintos campos de conocimiento por una razón simple pero que lleva a resultados profundamente satisfactorios: convertirse en un mejor ser humano al aprovechar la inmensa capacidad de la especie de conocer y de crear. Podemos compartir el 99% de nuestro ADN con los simios, pero es la capacidad del pensamiento complejo la que nos diferencia de ellos.

La creatividad no ocurre en un vacío. Los innovadores y artistas exitosos acumulan esforzadamente vastos conocimientos de los que pueden echar mano fácilmente. Habiendo dominado las reglas de su campo, pueden concentrarse en reescribirlas. Ellos mezclan y remezclan ideas y temas, hacen nuevas analogías, detectan patrones inusuales hasta que logran un avance o descubrimiento creativos, concluye Leslie (2014:115).

4) La ética

En lo referente al elemento ético en el ejercicio del periodismo, recordemos la calificación que hizo Balzac del periodismo: “la forma más perniciosa de la prostitución intelectual”. El escritor apuntaba a la falta de ética de muchos de los periodistas de su tiempo. Doscientos años después seguimos presenciando desvíos en el ejercicio de profesionales de la comunicación que merecen esa apreciación.

Dice Sánchez (1992: 23) que “la ética es teoría, investigación o explicación de un tipo de experiencia humana, o forma de comportamiento de los hombres: el de la moral, pero considerado en su totalidad, diversidad y variedad (...) El valor de la ética como teoría está en lo que explica, y no en prescribir o recomendar con vistas a la acción en situaciones concretas”. Se deduce de esta definición que en ejercicio del libre albedrío el ser humano toma decisiones y se comporta de acuerdo a su conciencia. Una vez que tenemos uso de razón sabemos diferenciar entre el bien y el mal y debemos actuar éticamente.

El comunicador actúa éticamente si hace lo que le aconseja su conciencia. Si trata con respeto a sus fuentes independientemente de su posición en la sociedad; si cuando investiga un evento hace el esfuerzo de consultar todas las posibles fuentes o personas implicadas en el mismo.

La formación del comunicador

Abordemos ahora el problema de la formación actual de los comunicadores, el cual, a juicio nuestro, se remonta a la concepción originaria de la carrera. Si se examinan los pensums se pone en evidencia que la idea subyacente confunde la formación de comunicadores sociales con la formación de mano de obra intelectual para salir a trabajar en las empresas de comunicación. En la práctica se ha reducido el amplio concepto de comunicación social al de comunicación masiva. La academia ha abdicado de su rol rector pensando erróneamente que es el mercado —ese ente amorfo, etéreo, intelectual y empíricamente inasible— quien determina los contenidos de los pensums.

Decimos erróneamente porque las investigaciones de Morales y Parra (2007) y otros académicos latinoamericanos revelan que los empresarios y los graduados demandan mayor formación en el área epistemológica. Se fortalece lo instrumental, el uso de los recursos tecnológicos, en detrimento

del desarrollo de la aptitud natural de la inteligencia humana de investigar con miras a ubicar todas sus informaciones en un contexto y en un ámbito de complejidad. De nada sirve una pluma, una máquina de escribir, un procesador de palabras si no se tiene algo sustantivo que decir, si no se establecen causas y relaciones, si no se profundiza. De nada sirve un grabador o una cámara, si no se sabe hacer las preguntas adecuadas.

Se desechan, como innecesarios, los métodos que permiten aprehender las relaciones mutuas y las influencias recíprocas entre las partes y el todo en un mundo complejo (Morin, 2003), un mundo que reclama comunicadores que sepan comunicar eficazmente. Para poder hacerlo, esos comunicadores requieren capacidad de análisis para comprender los hechos y los fenómenos sociales, contextualizarlos, aprehenderlos y ponerlos al alcance de sus audiencias. Dice Morin (1999) que la comprensión es al mismo tiempo medio y fin de la comunicación humana. Quien no comprende los fenómenos de su entorno local, nacional y global y sus interconexiones, no puede construir un mensaje comprensible. Quien, por su incapacidad, trata la realidad como partes escindidas e inconexas desorienta a sus audiencias.

No se discute suficientemente la función que tienen los medios de comunicación masiva como parte del sistema de educación¹ informal del ciudadano. Esa función, por inclusión, comprende a los comunicadores que trabajan en los medios y les asigna una responsabilidad social. El comunicador es un servidor social que no un sirviente empresarial

Refiriéndose a la pertinencia del conocimiento, dice Morin (1999: 14):

Es el problema universal para todo ciudadano del nuevo milenio: ¿cómo lograr el acceso a la información sobre el mundo y cómo lograr la posibilidad de articularla y organizarla? ¿Cómo percibir y concebir el Contexto, lo Global (la relación todo/partes), lo Multidimensional, lo Complejo?² Para articular y organizar los conocimientos y así reconocer y conocer los problemas del mundo, es necesaria una reforma de pensamiento. Ahora bien, esta reforma es paradigmática y no programática: es la pregunta fundamental para la educación ya que tiene que ver con nuestra aptitud para organizar el conocimiento.

1 Artículo 1 de la Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión de la República Bolivariana de Venezuela.

2 Resaltado en el original.

Siendo el comunicador un mediador, una de cuyas funciones es poner al alcance de los ciudadanos la información sobre el mundo en general, de su entorno social, del mundo de la ciencia, de manera tal que le facilite su organización y articulación, como servidor social necesita muy distintivamente una reforma del pensamiento como bien lo señala Morin para los ciudadanos del nuevo milenio. Esa reforma del pensamiento es la ineludible e impostergable labor de los miembros de la academia.

Si se compara la malla curricular actual del ciclo básico de la carrera de Periodismo Impreso, con la de 1971-1986 cuando los estudiantes cursaban dos semestres en Estudios Generales, observamos los siguientes cambios expresados en términos porcentuales:

Eje de *lenguaje* (incluyendo otra lengua instrumental): constituye hoy el 20%, lo que significa que ha ganado 5,3% comparado con el período 1971-1986.

Eje epistémico (incluyendo las Ciencias Sociales y las Humanidades): en el período 1971-1986 representaba el 44,13% de la malla curricular, y en el pénsum actual disminuye en 10,15%, para situarse en 33,35%.

Eje de técnicas y prácticas ha sido ligeramente reforzado en el ciclo básico de la Mención Impreso al pasar de 32,35% a 33,33% (+0,98%)

Eje axiológico fue reforzado al pasar de 5,9% en los 70 y 80 al 6,67% actual.

Desarrollo personal (que incluye Orientación y Autodesarrollo) pasó de 2,9% a 6,67% actualmente.

Podemos deducir que es la formación en Ciencias Sociales y las Humanidades la perdedora en los recortes curriculares. Siguiendo la propuesta de Morin (1999:16), preguntamos: ¿estamos los miembros de la academia pensando nuestro cometido en el espíritu de una reforma paradigmática del pensamiento de manera tal que proveamos los instrumentos intelectuales necesarios a que quienes nos confían su educación? ¿Los estamos capacitando para que a su vez sean testigos que pasen la posta y contribuyan al conocimiento de sus audiencias? ¿Estamos promoviendo desde nuestras cátedras una “inteligencia general” apta para referirse, de manera multidimensional, a lo complejo, al contexto en una concepción global?

Si respondemos no a esas preguntas debemos buscar inaplazablemente cómo darles respuesta. De otra manera con la presente o con futuras

reformas curriculares no estaremos formando lo que nuestra sociedad, dentro del contexto de la globalización, nos demanda. De poco vale la técnica sin sustancia epistemológica y sin la perspectiva de complejidad que hoy demanda nuestra sociedad.

Referencias

- Leslie, Ian (2014). *Curious: The desire to know and why your future depends on it*. Basic Books. New York,
- Morales, Elda y Parra, Luz Neira (2007). “La Universidad del siglo XXI y la formación en comunicación”, *Revista Quórum Académico*, vol.4, n.1, p. 89-99.
- Morin, Edgar (2003). “¿Sociedad mundo o imperio mundo? Más allá de la globalización y el desarrollo”, *Revista Gazeta de Antropología*, n. 19, disponible en: http://www.ugr.es/~pwlac/G19_01Edgar_Morin.html.
- Morin, Edgar (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1992). *Ética*. Editorial Grijalbo. Barcelona.
- Sartori, Giovanni (1996). *La política, lógica y método en las ciencias sociales*. Fondo de Cultura Económica, México.



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA

QUÓRUM ACADÉMICO

AÑO 13, N° 1

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en junio de 2016, por el **Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela***

www.luz.edu.ve
www.serbi.luz.edu.ve
produccioncientifica.luz.edu.ve